Para matar el rato

-Y si no llueve, ¿qué diablos hacemos entonces con las cabezas?

Ahí nació la tragedia, en mi hermano, que no tuvo la lengua quieta. Bueno, no dijo diablos, pero a una le da no sé qué repetirlo así, en frío y ante desconocidos, como quien dice, pues a saber sus pensamientos si empiezo tan fuerte. Me saldrá luego. Nos queda tiempo para matar el rato.

Pues la cosa caminó al principio por su senda. Con los cabezos presidiendo la procesión, ladera abajo, reza que te reza latines, aleluyas y kirinieleison o como se diga. Abrasaba la tierra, y en la mañana, la nube de polvo levantada al andar se nos metía por la garganta; nos hacíamos daño al hablar.

Hasta en la umbría de la Dehesa el pasto yacía agostado, y las vacas, refugiadas orilla del arroyo seco, nos miraban con un gesto tremebundo. De tan densa la calorina, ni las moscas levantaban vuelo. Se te posaba una en la cabeza, y allá se quedaba, aguardando el manotazo, que tampoco era la cosa, porque ya me dirán qué hacer con la sangre y el animal reventado, de modo que a empujones contra ellas, dándoles con el dedo, como haciéndoles cosquillas, para estimularlas a cambiar de cabeza.

El cura negro, el de la Guinea, también rezaba en latín. Daba un poco de repelús, es la verdad, verlo así, tan gordo, redondo, casi un queso, hociquear con los labios musitando Santa María. Nos miraba el negro de reojo, sin mover el pescuezo, y frunciendo las cejas. «En vez de rezar, parece que mastica», me susurró Ana.

Pues de ese modo llegamos hasta la Fuente Santa. Un gentío, seis o siete mil almas. Y en el pueblo, en Caballar, apenas si pasarán de trescientos. El triple, puestos ya a exagerar, si nos juntamos los de los pueblos de alrededor, que nos juntamos, vaya, porque a nosotros también nos tenía sacrificados el secarral. Salió en *El Adelantado* la noticia; por eso lo del gentío. Puso un tren especial la Renfe.

Y ni rayos de piedad. Yo no es que sea rezadora, pero buena está lo bueno. Aquella paganidad, no. Muchachas agarradas de cualquier sitio, y gente en la pradera, al arrimo de la sombra de los álamos, saltando al compás de una dulzaina mientras la misa; puestos con chucherías por todas partes; y los de una furgoneta pregonando camisas con altavoz. De la homilía, ni el rabo. No se entendía nada. Que estaba bien pedir la lluvia al Señor, se le escuchó al Obispo. Valiente bobada, menudo método para

descubrir la pólvora. Pues si hubiese estado mal, qué hacíamos allí en la mitad del día. Para no hacer lo que se debe están los amparos de la noche. Entre que no se le oía y lo que se le oyó, mejor la dulzaina, aunque parezca malo decirlo, que también desafinaba. Peluquero y de la capital el músico.

Bueno, vamos a la cuestión del porrazo. Andaba yo agarrada a la verja, con la cabeza entre los barrotes, que por nada del mundo quería perderme el milagro, y a pique si me mata una señora, caminante al trote, que se mostraba cebada. Tropezó con algo, sería, o bien la venció el pesamen del magro, pudiera, pero el caso fue que me cayó encima, derrumbada en plan piedra, pegándome por sus culpas el porrazo del siglo contra los hierros. Me puso turulata y después, al mirarme en el espejo, me encontré con la cabeza tan crecida como la del santo, pena me da recordarlo. Ni me ofreció disculpas, no se dejó caer ni el perdona que no se les niega a las lagartijas. Daba saltos para no perdérselo y gritaba milagro a destiempo, antes de la inmersión, que tal se dice, fíjense. De no estar medio aturdida le estampo una patada en mitad de las peras. Aunque lo mismo fue mejor que no, porque a saber.

A lo que íbamos. El negro, me refiero al cura de la Guinea, invitado a ello por el Obispo, extrajo la cabeza de San Valentín de la urna metiéndola los dedos por los ojos. No sé si se le escaparía, pero la dejó caer a plomo, ¡plac!, en el agua. Menos mal que sólo hay dos palmos; de lo contrario nos quedamos sin ella o contratamos un buzo para buscarla. *Milagro, otra vez,* chilló mi agresora.

Y coincidiendo con ello se levantó un tumulto. Era la gente del tren, que bajaba a la carrera y dando voces por el camino. «Hemos pagado», decían esgrimiento el billete.

Lo de los trocitos de Santa Engracia corrió a cargo del cura de Caballar, que se manejó con bastante ringorrango. Tomaba un cachito y lo elevaba con las dos manos, dando dos pasos hacia atrás; musitaba una oración, dejaba caer los brazos y se iba para el agua. Así nueve veces, componiendo figura de torero.

Allí fue cuando metió la pata mi hermano. Lo de cojones le salió del alma, nunca le he oído nada tan auténtico. Cojoncitos con él, me dije.

Lo soltó tal cual, oigan, con el vozarrón recio que desde niño luce. Decía *padre,* y el hombre se daba un susto de los de aúpa. Era como si el grito saliese de una caverna. Del corazón falleció padre, claro. Madre se salvó porque es sorda. «Me estoy curando; ya oigo algo», decía en la guerra cuando los bombardeos.

Nos heló el aliento con sus cojoncitos. Y es que ya les he glosado las propiedades del niño, al filarmónico le salió la gracia en plan trueno, agrandadas las oes y arrastrada la ese: ¡Cooojooones!, que parecía el alguacil gritando ¡por ooorden! Su novia, que además de boba es nueva, se pegó el gran susto. Más de un catarro le aguarda si no aprende a quitarse de las corrientes.

Devueltos los cabezos a la urna, procesión de hormigas hasta la iglesia, y luego, cada quisque hizo ademán de marcharse a su avío. El cura negro se encasquetó la casulla dispuesto a cantarnos por su cuenta una misa que ningún parroquiano le pedía. Pero lo que son las cosas, pasado el primer momento de estupor, el mujerío se

le coló por la puerta en fila de ovejas. Y yo también, oigan. Que de repente me asaltaron ganas de averiguar si el moreno sabía los latines.

Pero a poco de iniciada la misa se preparó el revuelo. No sé quién entró dando voces con el cuento de las nubes y unas gotas de agua. Para que se le creyera llevaba las palmas de las manos extendidas, y decía «están mojadas». Nos salimos al galope de la iglesia seguidos por el cura negro, que abandonó el cáliz sobre el altar, porque la noticia le pilló en medio de la consagración, y se fue con los monaguillos refunfuñando.

Enormes nubes negras, proyectadas desde un horizonte sin fondo, representaban, a ratos, escenas de olas lanzadas al asalto de la inmensa playa del cielo azul. Venían de la sierra y desde allí descendían como gigantescos caracoles de movimientos pesados. Con las bocas abiertas y los ojos cerrados nos dejamos acariciar por las primeras gotas entretanto los chiquillos, dando brincos y palmadas, rompían en vivas. Golpeada por el agua, sonaban a corcho las entrañas de la tierra.

Y en la vaguada se formó enseguida un débil cauce por el arroyo seco. Poca cosa, tres meadas juntas, pero fue suficiente.

Llovía, pues, en Caballar cuando nos subimos a los coches, nos llovió luego por la carretera y nos continuó lloviendo al llegar a Turégano, donde había gente bailando en la plaza. Pero no paramos. El homigueo de la felicidad nos llenaba de prisas.

A la salida del pueblo hay que tomar la desviación del medio, la que pasa junto al cuartel, o sea, la general de Segovia. Luego, en un santiamén, el primer cruce a la derecha, y ya todo seguido, en línea recta de no ser por los baches, mucho mejor conservados que el firme. Que no los arreglan, quiero decir. El de la segunda curva lo conozco desde pequeña.

Bueno, pues tirando por allí no hay pérdida. En tren tampoco, «Pero tendrían que saltar en marcha, porque no para».

II

Sí, no hay pérdida, les decía. Ni pérdida ni carteles indicadores. Los arrancó quien yo me sé, porque se le puso en sus partes llevárselos para Alcorcón de recuerdo. Y aquel día, para colmo, tampoco hubo agua, ¿les parece bonito?

Las nubes se plantaron en el cruce, detenidas allí por un aire dado a soplar de repente en sentido traidor y contrario. Plantadas a estilo poste. O, más que poste, estilo surtidor de piñón fijo. Lo que es hartarse es que se hartaron a descargar agua. Nueve horas duró la primera tromba, se paró por la tarde y a continuación empalmó noche con madrugada sin darse tregua. Del cruce para allá, un pantano; del cruce para acá, el secarral de antes. Las nubes, tercas en reventarnos, no se movieron ni un milímetro.

A perro flaco todo son pulgas o las desgracias nunca vienen solas, les quiero decir que la bromita se completó por la tarde. «Señor, se mueven las nubes», me soltó

cojoncitos, ojo avizor el pobreto tras los visillos, acobardado y como encogido, sin atreverse a pisar la calle, donde todo cristo le miraba con aire hostil. «He pedido un mosto y el tabernero me ha puesto vinagre», se lamentó al mediodía.

Majestuosamente las nubes avanzaron sobre el pueblo, majestuosamente superaron, cubriéndolas con sus sombras, las primeras casas; majestuosamente se posaron sobre la plaza, deteniéndose allí su avance.

Se entoldó la tarde.

Se contuvo el viento.

Una extrañísima calma se apoderó de la atmósfera.

Mi hermano, entonces, se puso la chaqueta de los domingos, y silbando, con aire de fiesta, enfiló dirección a la puerta. Puso la mano en el pomo, y antes de hacerlo girar se volvió para sonreirnos a madre y a mí. Fue en ese preciso momento: sonó un chasquido, cual si reventase la tierra, y los cristales de las ventanas se llenaron de golpes.

Por el hueco de la chimenea comenzaron a caer granizos del tamaño de un puño. Golpeadas por ellos, las campanas de la iglesia empezaron a tañer por su cuenta. No me creerán, seguro, pero hubo granizo que, puesto en balanza, superó el cuarterón y aún se cuenta de alguno que alcanzó la libra. Hombres y mulos que andaban por el campo guardaron por largo tiempo un molesto recuerdo de chichones. Desde entonces padece de la cabeza Germán. Será o no por eso, pero ahí está el dato. A un par de perros desprevenidos les tundieron el lomo; el gato de Angora de la tendera se quedó bizco. Y el expreso de Soria llegó con la chimenea doblada y el único pasajero, representante de jabones, refugiado con el interventor en el retrete; dos cobardes. El maquinista, que se las tuvo tiesas, está propuesto para un ascenso.

Mi hermano, aterrorizado, emprendió a toda mecha la fuga para Segovia. Puso la moto a trescientos y en menos que canta un gallo se perdió en el cruce. Le estuvimos oyendo gritar durante un buen rato. Y es que el pedrisco se cebó con él.

Pero le salió barato, porque, si se queda, lo linchan. Aquella misma noche vinieron a buscarle. Y su novia, por cierto, figuraba a la cabeza del grupo. «Hacerme eso a mí», se quejaba, «me ha puesto en evidencia».

La cosecha, imagínense. Tras de quemada, tundida. El vecino menos aperreado tuvo para llenar un saco de los pequeños. Era como si por el campo hubieran pasado tanques.

III

El Adelantado de Segovia dedicaba al día siguiente la primera página al suceso: «LLOVIO, Y LLOVIO Y LLOVIO EN CABALLAR. ¡Agua, santos benditos!, clamaba el pueblo, y agua bendita dieron al pueblo sus queridos santos. Editorial y declaración del Excmo. Sr. Obispo en páginas interiores. Se transcribe, en exclusiva, el acta firmada por el Rvdo. párroco de Caballar».

De la tragedia de Otones ni referencia. En voz baja, por lo visto, se corrió la noticia y por el pueblo se dejaron caer individuos rarísimos, entrometidos que no paraban de hacer preguntas. Al principio pensamos que se trataba de la guardia civil de paisano; enseguida caímos en la cuenta de que allí no había a quien meter preso, a no ser que se llevasen a mi hermano, aunque lo de cantar ¡cooojoonesss! a destiempo tampoco parecía para tanto, al menos eso opinaba yo, porque madre, puesta en lo peor, hablaba de cadena perpetua por blasfemar en las procesiones. «Es de judíos, hija», argumentaba. «Pero Juan ha sido monaguillo, madre, y eso siempre da puntos», probaba a tranquilizarla.

Al final se averiguó la identidad de los forasteros. Nada de civiles, peor todavía, eran periodistas, y de Madrid. Por casa vinieron dos o tres veces, pero se fueron siempre por el mismo camino sin sacarnos ni mu. «No está el horno para bollos, de manera que chitón». Eso nos había recomendado el cura, don Pedro, cuando fuimos a demandarle ayuda. «Aguantad unos días, pasará todo. El Señor ha hecho un milagro con este pueblo y, antes o después, así se reconocerá para mayor gloria suya», añadió con misterioso deje.

«Y decídle a Juan que venga por aquí, no me lo pienso comer, aunque sí se merece un buen tirón de orejas». De tal modo acabó la charla.

—Boca cerrada, hija.

—Como una trucha, madre.

—Ni al novio.

—Pero si no le veo, se le ha tragado la tierra desde la desgracia.

—Lo que nos faltaba, ¡paciencia!

Y era verdad, a Manolo no volví a tener ocasión de echármelo a la cara. Se portó fatal, como el poco hombre que siempre había sido, y yo me entiendo. Esperen un rato, que ahora mismo se lo explico, pero no lo del *me entiendo*, que eso es cosa mía, sino lo otro, o sea, en qué paró lo nuestro.

Primeramente volvamos a los del pueblo. Después de un par de semanas fatales, pues la gente ni nos hablaba, el panorama empezó a cambiar de manera brusca, vaya, como lo del pedrisco, que se forman de repente las tolvaneras y en un amén se te vienen encima las murallas de Jericó; sólo que al revés, o sea, para bien en este caso.

—¿Eh, se os apetece algo? —nos preguntó don Rodrigo, el hermano de la maestra, parando el coche en mitad de la calle y sacando medio cuerpo por la ventanilla.

Madre y yo nos quedamos perplejas.

—Anda, vamos a meterle un vermut al cuerpo, o una fanta, lo que gustéis. Siempre os hemos querido.

—Aprieta el paso y haz que no escuchas, algo se trama éste —me susurró madre.

Uno a uno al principio, dos a dos luego y hasta en enjambre después, por nuestra casa se dejó caer el pueblo entero. Y lo más raro era que solían preguntar con amabilidad por mi hermano.

—Emboscada tenemos, calla —me advertía madre.

Hasta que un buen día se deshizo el misterio. Eso sucedió cuando el de la Caja se acercó a preguntarnos cuándo pasaríamos a cobrar.

—A cobrar, ¿qué? —le respondí algo mosca.

—Lo del desastre, claro.

—¿Lo del desastre?

—Sí, la cosecha. Resulta que las piedras les han puesto en casa, coño, tu novio te lo habrá contado, ¿pues no era él quien llevaba lo de la Aurora, eso de los seguros?

Ya ven, Manolo convenció a los de la cooperativa para suscribir un seguro colectivo y ahí descansaba el quid del negocio. «Dios aprieta, pero no ahoga», se ha dicho siempre. «EL SEGUNDO MILAGRO DE LA MOJADA», titulaba la noticia *El Adelantado.* «Editorial y declaraciones del Excmo. Sr. Obispo en páginas interiores. Se transcribe, en exclusiva, la homilía que mañana domingo predicará el Rvdo. párroco de Otones, don Pedro Montarela».

Sí, el mismo, ese calvatruenos que luego se nos salió, ahorcó los hábitos, que decimos aquí, y se metió a maestro en la capital, liado anda, según cuentan, con una maestra, menudo escándalo, que con su pan se lo coman, tan espiritual que se aparentaba entonces, los pecados de todas sabe, porque a todas nos entró la manía de ir a confesarnos con él, ¡que no hay derecho!, más de una se pone roja cuando lo ve. En fin...

—Queridos hijos —empezó, con su típica voz de flauta—, la omnipotente misericordia...

Bueno, resumiré, el patatín o el milagro consistió en que, al ser declarada la zona de catástrofe nos pagaron la cosecha entera, y no sólo la mitad, que eso fue lo que salvaron los pueblos beneficiados por la lluvia, porque la otra mitad ya la había quemado la calorina.

Vivir para ver, me dirán.

Y vámonos para el andén, ¡Jesús!, que ya es la hora.

Gonzalo Santonja